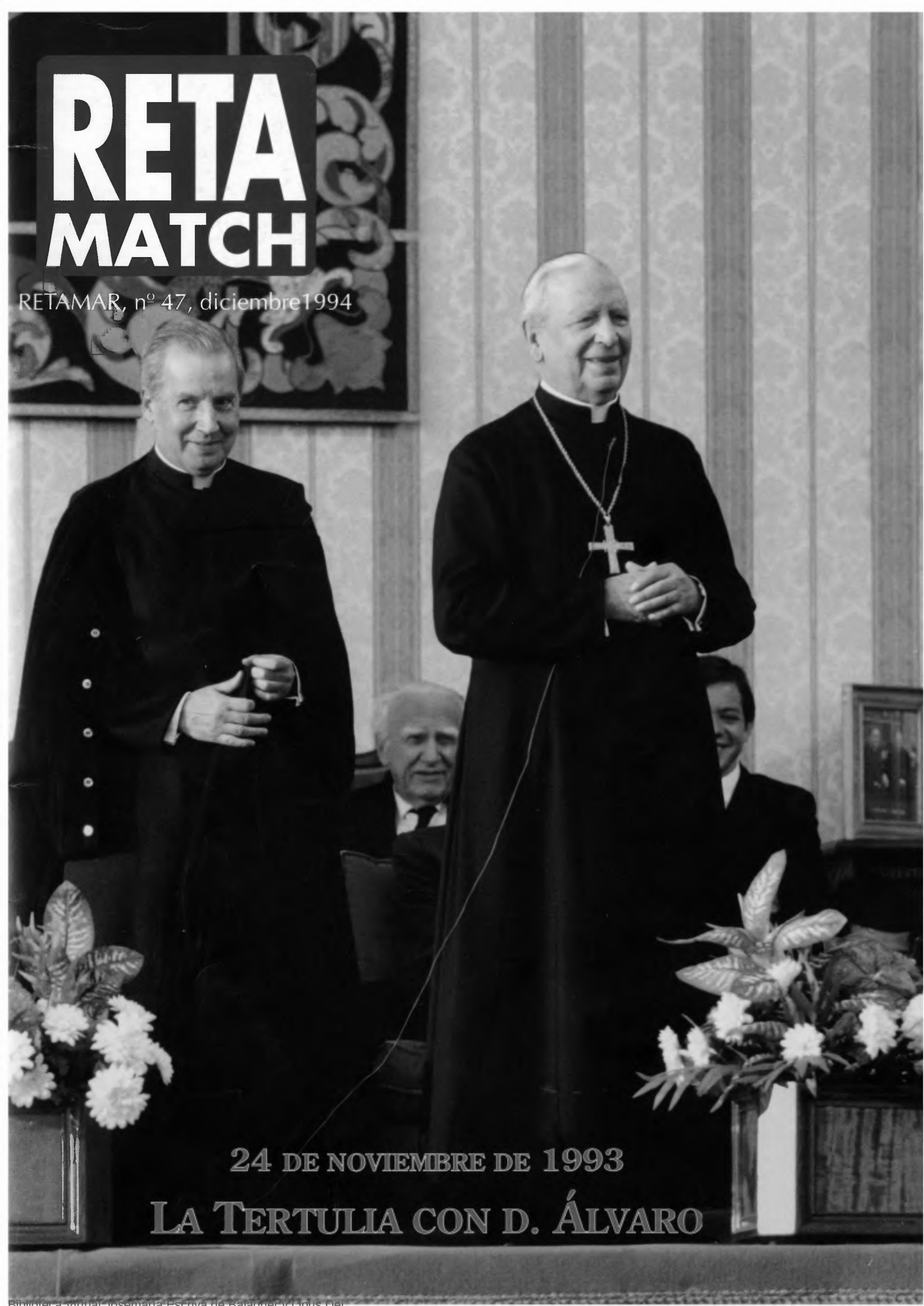


RETA MATCH

RETAMAR, nº 47, diciembre 1994



24 DE NOVIEMBRE DE 1993

LA TERTULIA CON D. ÁLVARO

LA TERTULIA CON EL PADRE

LOS DÍAS ANTERIORES

15.000 SILLAS

La colocación de las sillas para el público, llevada a cabo por los alumnos mayores formando cadenas, constituyó en si misma todo un espectáculo. Al final, el campo de deportes, cambiada su fisonomía habitual, aparentaba una inmensa Aula Magna al

aire libre con capacidad para más de veinte mil personas. A pesar de todo este trasiego, los preparativos transcurrieron en un clima de gran serenidad, con tiempo para explicar en las clases el significado de la visita; para atender la avalancha de curiosidad que invadió a los más pequeños, sorprendidos y expectantes ante lo que observaban.



EL ESTRADO

También el montaje del estrado fue una auténtica carrera contra el tiempo. Y además contra los elementos, pues la más que probable lluvia, nos obligó a cubrirlo con plásticos por la noche. Fuera de horarios, en ratos libres, alumnos, profesores y profesionales especialmente llegados para levantarlo se afanaron para que todo quedara a punto.



LA MEJOR DE LAS DESPEDIDAS

Si tres días antes los meteorólogos nos hubieran propuesto un vaticinio a base de tiempo seco y una temperatura simplemente soportable, no hubiéramos dudado en aceptar. Noviembre había añadido a un otoño lluvioso desde sus comienzos, un aire serrano frío y desapacible que presagiaba un invierno crudo y adelantado. Hubo momentos en los días y tareas preparatorias, en que las manos se quedaban heladas y se agradecía cualquier pretexto para buscar, en el interior de los pabellones, la gratificante compañía de un radiador. No eran sino breves instantes de pausa, porque había muchas cosas que preparar y una enorme ilusión para que todo saliera lo mejor posible.

En realidad sólo transcurrieron cinco días desde que se confirmó plenamente la noticia: el Prelado del Opus Dei viene a Retamar; Retamar será el anfitrión de una gran tertulia; el Padre vuelve al Colegio después de diez años... La noticia se extendió con rapidez, las llamadas eran continuas, las preguntas las mismas: fecha, hora,



A las tres, la afluencia era intensa, alegre y ordenada. A ello contribuían los alumnos encargados.

invitaciones, medios de transporte, accesos por carretera... cada uno quería saber de primera mano lo que ya era sabido por todos.

El Colegio, que no interrumpió su actividad académica normal, empezó a vivir

un ambiente de gran expectación y de actividad excepcional.

Nuestra preocupación por el estado del tiempo llegó hasta el Padre: «*Que estén tranquilos, no hará frío.*»

A las cuatro de la tarde del día 24 de noviembre, minutos antes de la llegada de D. Álvaro a Retamar, la temperatura era sencillamente deliciosa. Los asistentes empezaron a llenar el recinto desde tres horas antes del comienzo de la tertulia. Accedieron al Colegio por las entradas previstas utilizando todos los medios de transporte disponibles: Tren, autobús de línea, autobús discrecional, metro, taxi, coches particulares... A las tres, la afluencia era intensa, alegre y ordenada. A ello contribuían en buena medida los alumnos encargados de la acomodación.

El anuncio a través de la megafonía, de que el Padre se encontraba ya camino del Colegio, fue acogido con alborozado entusiasmo por un público que llenaba a rebozar el recinto. Mientras, los más rezagados, buscaban afanosamente algún sitio





La espera se hizo corta. La banda del Colegio contribuyó a ello, junto con los animadores, Luis M^a y Jerónimo.

vacío y acababan por sentarse en el suelo lo más cerca posible del estrado.

Rondando las cuatro, con la puntualidad propia de quienes conocen el valor del tiempo, D. Álvaro, descendía del automóvil en la parte posterior del estrado. Alberto, Director de Retamar, le daba la bienvenida en nombre de todos y le presentaba a un pequeño grupo de padres y profesores en representación de los órganos de gobierno y las asociaciones colegiales. Algunos enfermos le esperaban con sus familias justo al lado de la escalera por la que tenía que subir al estrado. Brevisísimamente les atendió a todos y tuvo para cada uno palabras de ánimo y consuelo. Y cuenta la madre de Miguel —aquel alumno fuerte y deportista, amigo de todos, ahora impedido y ausente en una silla de ruedas— que al recibir el cariño y las palabras del Padre se conmovió visiblemente...

El Padre subió al estrado, y al aparecer ante el inmenso auditorio, una ovación intensa, que nacía de los corazones de los

miles de hijos y amigos allí presentes, se prolongó largamente...

Sus gestos convocan al silencio, a la escucha. La atención es máxima. Todos han encontrado su sitio, todos le ven perfectamente. En la multitud hay sosiego y una enorme ilusión.

Madrid, aquel punto pequeño

Hijos míos, me da mucha alegría estar con vosotros. Paso de vez en cuando por Madrid —muy poco, mucho menos de lo que yo quisiera—, pero vengo para hacer cosas muy con-



Rondando las 4 D. Álvaro descendía del automóvil en la parte posterior del estrado



Miguel —aquel alumno fuerte y deportista, amigo de todos— al recibir el cariño y las palabras del Padre se conmovió visiblemente...

cretas, con tanta prisa que a veces no tengo tiempo ni de telefonar a mis hermanos. Si hay algún hermano mío aquí, le pido perdón.

Hay que querer a la patria chica, y yo la quiero; pero de tal manera que los demás, que son de otras patrias chicas, estén contentos. Yo quiero mucho a Madrid, pero quiero mucho... iba a decir a Alcorcón, pero Alcorcón ya es Madrid (risas y aplausos). Quiero mucho a la China, quiero mucho a todos los países. Y por eso, con la gracia de Dios, la Obra se va desarrollando por todas las partes del mundo.

Ahora hemos empezado en un continente inmenso que es el de la India, donde hay tantos cientos de millares de personas que no conocen a Cristo; es tremendo. Hace tres o cuatro días recibí una carta —un fax— diciendo que lo mandaban ya

desde el primer Centro que tenemos en Nueva Delhi. Esto no es más que el principio, y a mí me da vergüenza haber tardado tanto tiempo; pero es que realmente había muchas dificultades; y las dificultades, con la gracia de Dios, se han ido superando. Lo



Después de acomodar a los demás, los alumnos se sentaron junto al estrado.

mismo sucede en todas las partes del mundo.

Hay que cumplir la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios es que yo me dedique a servir a la Obra. Y la

Obra se va extendiendo más y más por todas partes, partiendo de aquel punto pequeñito de Madrid —el 2 de octubre de 1928— que solamente estaba en el alma de nuestro Padre.

Nuestro Fundador tenía, como sabéis todos, esa inquietud de que el Señor quería algo de él, pero no sabía qué era. Para facilitar la Obra de Dios en su alma, quiso ser buen instrumento. Para eso, aunque no había pensado nunca en ser sacerdote, se hizo sacerdote y así estar más disponible. Después le aconsejaron que siguiese estudiando Derecho en la Universidad Central de Madrid, para hacer el Doctorado, que en aquella época solamente se podía obtener en esa Universidad.

Han sido sus primeras palabras como un suave viento de recuerdos. Muchos de los presentes conocieron personalmente al Beato Josemaría y tuvieron ocasión de escucharle en circunstancias parecidas. Fue él quien comenzó estas catequesis de



Una ovación intensa, que nacía de los corazones de los miles de hijos y amigos, se prolongó largamente...

multitudes donde cada uno se siente atendido, donde destaca por encima de todo el espíritu de amistad y de familia.

Y sigue el Padre hablándonos de los primeros tiempos del Fundador en Madrid. De las fechas del 2 de octubre de 1928 y el 14 de febrero de 1930. De su trascendencia y significado...

Nuestro Padre decía con frecuencia: **Madrid ha sido mi Damasco**. Después de tanta oración, y tanto sacrificio, de tanto repetir **Domine, ut sit!**, Señor, que sea lo que Tú quieres, que yo no sé; y **Domine, ut videam!**, Señor, que vea, como aquel cieguecito del Evangelio, en Madrid Dios le hizo ver. Por eso repetía que Madrid había sido su Damasco, porque ahí había recibido la luz. Y desde ese pequeño punto que era Madrid, la Obra se ha extendido por todas partes, por todo el mundo, a gentes de todas las razas, de tantas naciones... Pero la iniciativa fue de Dios, y Dios eligió una ciudad para empezar: Madrid. Yo, que soy madrileño y quiero a mi *patria chica*—aunque sin exageraciones—, estoy orgulloso de que fuera así.

Pero en fin, yo he empezado a hablar sin saber lo que iba a decir... Le pregunté a don Javier al subir aquí: ¿Cómo empiezo? Y me ha dicho: há-

bleles de Madrid. Como es madrileño también... Se llama Echevarría, pero es madrileño. Ya he empezado, y seguiría mucho tiempo sin parar, pero prefiero hablar de lo que queráis vosotros. Si alguno desea preguntar algo, le contestaré como Dios me dé a entender y con mucho gusto.

Bordar el trabajo

José Luis es de San Sebastián pero lleva mucho tiempo afincado en Madrid. Su voz suena clara y segura cuando coge el micrófono para preguntar al Padre...

Padre, yo sí sé lo que le voy a decir: «Gracias». Creo que soy un poco el portavoz de esta maravillosa multitud de gente singular. Le quiero dar las gracias en primer lugar por estar entre nosotros, y sobre todo porque en julio de 1935 supo usted decir sí inmediatamente, dejar todo y entregarse a vivir esa voca-

Muchos de los presentes conocieron personalmente al Beato Josemaría y tuvieron ocasión de escucharle en circunstancias parecidas

ción maravillosa del Opus Dei. Le estamos muy agradecidos... (aplau-so) porque tenemos siempre en usted un ejemplo de lo que es la fidelidad y la entrega a la vocación...

Oye, hijo mío, no me hagas la pelotilla... (risas)

Quiero darle las gracias rendidamente, porque usted es el espíritu vivo del dos de octubre de 1928 (aplausos)

Rezad, rezad, para que sea así.

Y le pido para que todos los que estemos aquí—cada uno donde viva, bien sea en Majadahonda, en la India, e incluso en Boadilla del Monte—, sepamos vivir el espíritu del 2 de octubre del 28 y hacérselo llegar a todos los que nos rodean. Quisiera que nos dijera algo sobre cómo tenemos que actuar para hacerlo por lo menos la décima parte de bien que lo ha hecho usted. Gracias, Padre.

¿Cómo hacer para ser fieles, para vivir constantemente con este espíritu del 2 de octubre del 28? Hay muchas cosas escritas por nuestro Padre—hay otras que están escritas por nuestro





Las palabras del Padre rebosan cariño y deseos de llegar al corazón de todos.

Padre, pero que ya os llegarán—, donde se habla de su vida íntima, de su lucha... Mucho de eso ya está recogido en *Camino*, en *Surco* y en *Forja*; y hay muchas otras anotaciones en las que el Padre describe su lucha interior, sus victorias y sus pequeñas derrotas, que él consideraba que eran derrotas muy grandes.

Pues ahí tenemos el camino noso-

tros: nos ha dejado unas prácticas de piedad, un plan de vida cristiano en el que se contiene el espíritu del Opus Dei. Nuestro Fundador decía que lo había dejado, no ya dibujado, sino esculpido. Pues ese espíritu es el que hemos de vivir nosotros. Ese espíritu es el común denominador, que hace que todos los fieles de la Prelatura seamos diferentes y, al mismo tiempo, muy parecidos. Siendo iguales a los demás ciudadanos, nuestros iguales, al mismo tiempo tenemos algo que nos es propio: la sonrisa ante las dificultades, la alegría en todo momento, la esperanza, el optimismo... Tantas cosas que son consecuencia de la vida santa de nuestro Padre.

Hijos míos, no perdáis nunca este optimismo, esta alegría. ¿Y cómo se hace para no perder el optimismo y la alegría? Una vez se lo preguntaron a nuestro Padre y él respondió más o menos así: te voy a decir lo que hago yo; procuro trabajar en cada momento del día como si ese trabajo fuese el último que puedo ofrecer al Señor. Lo hago lo mejor que puedo y con

mucha alegría, porque es para el Señor. Pues compórtate tú igual, hijo mío. ¿Quieres conservar fielmente el espíritu de la Obra? Sé fiel en las cosas pequeñas. Mira que no hay cosas sin importancia en la vida interior; todo es importante. Y así, con esta lucha y con este deseo de ser fiel en lo pequeño, por amor, harás cosas muy grandes.

Esta mañana he recibido un regalo de una hija mía a la que quiero mucho—he podido dar un abrazo a su marido antes de entrar aquí—, que tiene un arte especial para bordar. Era una palia con una representación bellísima del Espíritu Santo: un *capolavoro*, una maravilla. ¿Y cómo estaba hecho eso? Con pequeñas puntadas y con mucho amor..., pensando en Dios. Así ha de ser nuestra vida. Una vida gastada a base de *bordar* nuestro trabajo, porque el trabajo profesional tiene trascendencia muy grande: la trascendencia de alegrar el corazón de Dios. De esta manera, haciéndolo así, el Señor está contento, y nosotros estaremos viviendo nuestro espíritu, practicándolo, y haciendo que cada vez sea más fino, más agradable a los ojos del Señor.

Las palabras del Padre rebosan cariño y deseos de llegar al corazón de todos. La fuerza de su expresión parece querer trascender el recinto de la tertulia y extenderse hacia un mundo que tiene, quizás sin saberlo, la necesidad de su testimonio.

Señor, yo no puedo

A lo largo de su extensa contestación ha habido un momento especialmente emocionante. Se ha referido a la anécdota vivida en Londres por el Beato Josemaría caminando en su compañía...

Sin Dios no podemos hacer nada. Sin Dios somos, cada uno de nosotros, un cero a la izquierda; pero con el Señor, lo podemos todo. ¿Os acordáis de aquella vez en que nuestro Padre—yo le acompañaba—, paseaba por las calles de Londres, de la *City*, entre aquellos edificios grandes, sedes de sociedades antiquísimas y prestigiosas de todo el mundo? Solían tener en el portón una placa en la que decía, por ejemplo, sociedad de tal y tal,





La atención es máxima. Todos han encontrado su sitio, todos le ven perfectamente

fundada en 1723, extendida por tantas naciones. Y un poco más allá, una placa análoga, y después otra placa semejante... Nuestro Padre sintió que el Señor por un momento le dejaba, y dijo en su interior: Señor, yo no puedo. Miraba esa abundancia de medios humanos, tan antiguos, instituciones que trabajaban en todo el mundo; y él era un pobre sacerdote, aunque la Obra estaba ya bastante desarrollada. Y dijo eso: yo no puedo. Y oyó que el Señor le respondía: tú no, pero Yo sí.

Es una buena lección que nos da Dios a cada uno de nosotros: la misma que le dio a nuestro Padre. Nosotros, solos, no podemos. Esta maravilla de que tanta gente vibremos al unísono, no se explica, si no es porque Dios la ha querido y hace que sea una realidad gozosa. Hijos míos, no me tenéis que dar las gracias a mí. Vamos todos a dar gracias a Dios, *quoniam bonus!*, porque Él es bueno.

La vergüenza, para pecar

Lourdes es abogado en ejercicio. Al igual que muchos de los profesionales liberales que se encuentran presentes, se ha preguntado en ocasiones por el camino más adecuado para acercar a Dios a los que la rodean.

Padre, con motivo de mi trabajo profesional —soy abogado— tengo ocasión de tratar a muchas personas, clientes, colegas, etc., a quienes trato de acercar a Dios. ¿Cómo perder el miedo a complicarme la vida, partici-

pando también activamente en la sociedad, para influir apostólicamente a través de mi profesión, sin respetos humanos?

Los respetos humanos son una locura, y tú, hija mía, abogado, no puedes caer en la tontería de tener respetos humanos, ni ninguno de nosotros. Los respetos humanos son, por definición, tener vergüenza de realizar algo bueno. ¡La vergüenza para pecar, para apartarse de Dios, para ofender a Dios! Pero para servir a Dios, para hacer cosas buenas... de eso no podemos tener vergüenza; debemos tener un orgullo santo, sabiendo que nosotros somos nada y menos que nada, que somos incapaces de hacer el bien con mérito delante de Dios si no nos ayuda el Espíritu Santo. Pero, al mismo tiempo, sabemos que el Espíritu Santo nos ayuda, y que nos pide más, y que nos empuja. No podemos más que decir: Señor, haz de mí lo que quieras, y ¡ya está!

Cuando tengas esa tentación, ese peligro de dejarte llevar por los respetos humanos ante tus compañeras o tus compañeros, piensa en Dios, que era el pudor máximo que se pueda imaginar, y la delicadeza mayor, y, sin embargo, estuvo clavado en una cruz, desnudo, mientras la gente se burlaba de Él. Eso lo sufrió por ti y por mí, para que nosotros fuésemos mejores. Nosotros hemos de ser capaces de hacer algo, todo lo que podamos, por Dios Nuestro Señor; y si se van a reír de nosotros... ¡qué más nos da! Lo malo sería que se

riese el diablo al ver que somos cobardes, que por medio de los respetos humanos consigue apartarnos de nuestro deber y que no demos la cara por Dios. Sería tremendo que el diablo nos aplaudiese. Que se rían los que son enemigos de Dios —declarados o no declarados— no nos puede ofender, porque no entienden las cosas de Dios.

Lo decía San Pablo constantemente, y San Pedro también, que quienes buscan las cosas de este mundo, son incapaces de entender las cosas celestiales.

Nosotros procuramos vivir cara a Dios, y por eso hemos de esforzarnos para decirle: Señor, aquí me tienes, porque me has llamado; cueste lo que cueste, yo quiero dar la cara por Ti; y si alguna vez tengo vergüenza y me da miedo dar la cara por Ti, Señor, perdóname y ayúdame más. Y adelante.

El oratorio es de todos...

Una historia infantil, pero real. Pedro, director de una obra corporativa, se la cuenta al Padre que se ríe y asiente encantado por el candor de la narración.

Padre, no le voy a decir de dónde soy; pero sí dónde trabajo y dónde vivo: en Tajamar, en Vallecas. Quiero darle las gracias porque sé que, como a todos, también nos lleva en su corazón y quizá también en alguna cicatriz, después de aquellas catequesis en los años 30...

Padre, el curso pasado, en el oratorio del Club Palomeras, un Club cercano a Tajamar, pusimos una reliquia de nuestro Padre. Queríamos aprovechar para agradecerle el detalle de mandarnos una reliquia a cada Centro. El relicario lo pagamos con donativos de los socios del Club, de sus familias, y de otros muchos chicos y padres. El otro día —es una anécdota y luego le hago la pregunta— pasaba por la puerta del oratorio y oí dentro unos golpes; me detuve y entré, y vi a un chavalillo de doce años con cara de haber sido pillado «*in fraganti*», con cierta cara de sor-

presa. Le pregunté: ¿Qué haces?, y me dijo: Nada. Bueno, pero... ¿y los golpes? Y entonces me confesó, un poco avergonzado, que estaba intentando dar un beso a la reliquia de nuestro Padre...

Muy bien

... situada en una columna que tenemos en el oratorio; pero que no llegaba, porque estaba un poco alta...

Entonces, con cierta timidez, acabó reconociendo que se subía al banco más cercano y desde allí saltaba (risas). Al tercer salto, Padre, consiguió su propósito. Yo me quedé bastante perplejo y no supe qué decir; y mientras se escabullía, él fue el que dijo: el oratorio es de todos, y no sólo de los mayores; y la reliquia, también (risas).

Muy bien, muy bien (aplausos). Ese chico promete, yo rezo por él ahora mismo.

D. Álvaro se extiende ahora, ante la insistencia de Pedro, en explicarnos los requisitos que faltan para volver a Roma con motivo de la Canonización del Fundador del Opus Dei. Al final nos dice que, a pesar de su edad, él también espera estar allí. En esos momentos no sabe que el Señor le tiene reservado un sitio preferente: podrán asistir juntos, como casi siempre a lo largo de sus vidas, pero desde el Cielo.

Con agujeros en los zapatos

Una madre de familia tiene ahora el micrófono. Una sonrisa de complicidad recorre las caras de las que como ella tienen que compaginar el trabajo profesional con las tareas de la casa y, especialmente, el cuidado de los hijos.

Padre, me llamo Beatriz. Tengo dos hijos, y tanto mi marido como yo trabajamos fuera de casa. Cuando se acercan las épocas de descanso, como las vacaciones, en Navidad y en verano, uno se deja arrastrar un poco por

el ambiente de comodidad y de consumismo, y casi sin darse cuenta se va creando necesidades y olvidándose de las necesidades de los demás. Padre ¿Podría hablarnos de la pobreza real que vivió nuestro Padre y de cómo exigirnos nosotros para formar rectamente a nuestros hijos en esta virtud, y ayudar a nuestros amigos?

Sí, hija mía. Nuestro Padre vivió una pobreza real y de modo heroico. Había días en que no podía comer, porque trabajaba mucho: todo lo que podía. Y al mismo tiempo, su celo por las almas le llevaba a darse, sin esperar retribución material alguna, a los pobres y a la gente más miserable de Madrid. Humanamente, lo único que ganaba con esa tarea era gastarse la suela de los zapatos; nada más. Caminaba con las suelas agujereadas, pisando sobre un cartón que ponía para proteger un poco el calcetín. Vivía la virtud de la pobreza con mucha alegría, porque sabía que, por muy pobre que fuese, más pobre se había hecho



Cristo por nosotros, que no tenía ni dónde reclinar la cabeza.

El Padre nos previno —secundando la constante enseñanza de Juan Pablo II— ante ese otro tipo de materialismo: una vez desaparecido el peligro del marxismo, el consumismo ciega a los hombres para las cosas de Dios, y termina poniendo al Creador entre paréntesis.

Y a fuerza de poner entre paréntesis a Dios, se termina por ignorar, y negar, de hecho, la existencia de Dios. Ésta es la actual ola de cieno que está aplastando a la humanidad: el consumismo. Con tanta gente que se muere de hambre, hay muchos otros que no quieren pensar más que en su comodidad y en su bienestar. Y eso no es cristiano.

Hijos míos, no hay más remedio que vivir con un corazón más grande: pensando en todos, queriendo a todos, sabiendo sacrificarse por todos. Así serviremos al Señor y extendemos el reinado de Cristo por todas partes. Pero hace falta luchar, hace falta vencerse a uno mismo, hace falta decir al propio yo: ¡no!; y al propio deseo de consumir: ¡no! En fin, ese «acostúmbrate a decir que no», que escribió nuestro Padre en *Camino*. Y eso le cuesta mucho trabajo a la gente.



«¿A que estamos estupendamente?»



Una sonrisa de complicidad recorre las caras de las que como ella tiene que compaginar el trabajo profesional con las tareas de la casa y, especialmente, el cuidado de los hijos.

Lo que mancha a un niño...

¿Y qué pasa? Que buscando la comodidad y el bienestar se apartan de Dios. No solamente ellos, sino la familia entera. Por ejemplo, por fijarnos en un detalle: la televisión. Muchas veces os he hablado de esto. La televisión, como todos los inventos, pueden hacer mucho bien, y de hecho se emplea para muchas cosas muy buenas; pero se emplea también para el mal. ¿Y qué ocurre? Que cuando el televisor, de modo inconsiderado, entra en el seno de una familia, están pendientes de la televisión en todos los momentos libres que tienen, y de este modo se destruye la vida de familia; ya no hablan casi entre sí el marido y la mujer; y después los chicos..., como molestan de vez en cuando, porque a los padres les da vergüenza ver cosas malas delante de los hijos, compran otro televisor para los hijos; y los hijos ven por su cuenta cosas que no deben ver.

Ya sabéis lo que ocurrió una vez. Estaba un chico pequeño viendo la televisión con su familia. Nuestro Padre solía decir que lo que mancha a un niño de ocho años mancha también a un viejo de ochenta — los viejos de ochenta no son

viejos, son jóvenes todavía (risas)—. Total, que anunciaron en la televisión algo que no convenía que viese el niño y le dijeron: tú ya te puedes ir a la cama. El muchacho respondió: bueno, yo me voy a la cama, pero lo que mancha a un niño de ocho años, mancha también a un viejo de ochenta; lo dijo por su abuelo, que estaba allí (risas).

Pues es verdad: se deshace la familia. Tenéis el peligro de acostumbraros a esta situación, y debéis hacer todo lo posible por reaccionar. Conviene que reaccionéis; que, cuando transmitan un programa poco conveniente, lo veáis por lo menos con juicio crítico. Tratan de las cosas más delicadas con desenfado, con falta de pudor, para arrancar la fe, para quitar las buenas costumbres; y eso no se puede permitir. Debéis pensar: ahora mismo yo tengo que reaccionar.

Pero no sé por qué te estoy diciendo todo esto... Por el consumismo. Hija mía, el consumismo es el gran enemigo que tiene ahora la Iglesia, y el gran enemigo de cada uno de nosotros. El deseo de pasarlo bien, el deseo de no vencerse nunca, o la predisposición de no vencerse nunca en nada porque, total, todo da lo mismo... Y eso no es verdad. No todo da lo mismo. Dios tiene sus derechos y nosotros tenemos deberes respecto a Dios.

Un niño se remueve inquieto en las cercanías del estrado; tiene unas ganas enormes de decirle algo a alguien, pero la casualidad ha hecho que a su alrededor, sentados como él en el césped no haya más que personas mayores. Al final se decide. A su lado se encuentra un profesor de los mayores. Le toca levemente en el brazo:

¿A que estamos estupendamente?

Hay una sonrisa en su cara que lo dice todo. El profesor le corresponde con un guiño de complicidad:

Estupendamente.

¿Es pronto para entregarse?

Una voz femenina juvenil. Su diálogo con el Padre es fluido, simpático, con el desparpajo de los años jóvenes.

Padre, me llamo Esther Losana. Estudio tercero de BUP en Senara. Voy por Adra, que es un Club también de Vallecas. Soy la segunda de once hermanos y le pido su bendición para todos ellos.

Sí, hija mía.

También aprovecho para pedirle su bendición para todas las del Club, que le queremos un montón, y a ver si viene a vernos (risas y aplausos).

Muy bien. Las bendigo con todo el cariño.

Quería hacerle una pregunta...

Oye hija mía, si me queréis un montón, como dices tú, entonces rezaréis un poquito por mí.

Sí, sí.

Entonces, gracias, gracias. ¿Y qué más?

¿Qué le diría usted a las personas jóvenes, que están entre los 16, 17 y 18 años, que piensan, o pensamos, que a esa edad es aún un poco pronto para decidirse a hacer una entrega total y para toda la vida?

¿Nada más que eso? Mira, hija

mía, hay casos y casos. Para unas personas que son retrasadas, sí puede ser una cosa precipitada (risas); pero para una persona normal, no. La Iglesia permite el matrimonio desde los catorce años, y el matrimonio es de uno con una y para siempre, y es una vida muy dura la del matrimonio, en la que hay mucha gracia de Dios, pero hay también la necesidad de vencerse constantemente. Eso, es a los catorce años; pues a los dieciséis o dieciocho...

La Iglesia, que tiene la sabiduría grande de muchos siglos —porque no

es cosa del Opus Dei, es de la Iglesia—, dispone que para entregarse a Dios en una institución se necesita tener dieciocho años. Esto es ley universal de la Iglesia.

¿Y qué más?

Gracias, Padre.

¿Por qué unos sí y otros no?

Hace diez años un padre del Colegio hacía en este lugar una petición a D. Álvaro. Este mismo padre, Santiago, se lo recuerda ahora al tiempo que le hace otro





La fuerza de su expresión llena el recinto de la tertulia y se extiende hacia un mundo que tiene la necesidad de su testimonio

encargo. Y su conversación nos da pie para enterarnos de lo apretado de la agenda del Padre de la intensidad de su labor por todo el mundo.

Le aseguro Padre que no soy pelotilla; pero no me puedo aguantar, y digo que qué gozada tenerle de nuevo aquí en este marco. Gracias, Padre.

Que Dios te bendiga (aplausos).

Bueno, Padre, en aquella ocasión le pregunté sobre cómo tutear al Espíritu Santo. Hoy aquí estamos toda la familia, mi mujer, mis hijas, mis hijos, maridos y las novias. Son estupendos... y unos son de la Obra y otros no. Y la pregunta es, Padre, ¿por qué unos sí y otros no? (risas)

Pues mira, hijo mío, esa pregunta la puedes dirigir a Dios nuestro Señor, porque es Él quien llama. *Ego vocavi te!*, Yo te he llamado. Es el Señor el que da la vocación, no los hombres; nosotros somos, a lo sumo, pobres instrumentos en sus manos.

¿Y por qué a unos sí y a otros no? Porque Dios llama a quien quiere y porque quiere: no por nuestros méritos. Ninguno de los que estamos aquí, que hemos sido llamados para vivir la vida del Opus Dei, tiene más méritos que tantos otros que no han recibido esta llamada, y que quizá están aquí también; pero a Dios no le podemos pedir cuentas. Él no se deja llevar porque éste sea mejor o aquél peor. No. Llama a quien quiere. ¿Por qué razón? Eso, porque quiere; nada más. No tiene que dar cuenta a nadie.

Es la primera razón: la llamada depende de Dios. Otra razón es que la respuesta depende también de las personas interesadas: si Dios me llama, pero yo le digo que «no», hago un desaire a Dios y además hago el tonto. Díselo tú a esos miembros de tu familia que no son de la Obra. Sin molestarles, hazles ver qué contentos estáis todos los que sois del Opus Dei, y que tú, como padre de familia, querías para ellos todo lo mejor. Y lo mejor para nosotros, por experiencia, es ser del Opus Dei. Y después, deja obrar a Dios.

La operación tres por dos

Un sacerdote diocesano, joven, recién ordenado...

Padre, hace algo más de un año fui ordenado sacerdote...

Que Dios te bendiga, hijo mío.

Muchas gracias, Padre. Estoy en una parroquia de Móstoles, Nuestra Señora de la Asunción, de la nueva diócesis de Getafe. Hay muchísima gente joven. Desde que me ordené he iniciado lo que yo llamo la *operación tres por dos*. Y es que a todos los que pasan por el confesonario, y especialmente a los enfermos que voy a visitar, les propongo que pidan por esta intención mía: tres vocaciones mejor que dos, y este año, mejor que el siguiente (risas). Yo, a cambio de que ellos recen un misterio del Rosario y ofrezcan algo de su dolor y de su soledad por esta intención, les encomiendo especialmente en la Santa Misa...

El Señor ha sido extraordinaria-

mente generoso. Hay seis chavales que están decididos a irse al Seminario, algunos están por aquí; hay dos muchachas que se están planteando su vocación a la Obra que también andan por ahí. Yo, Padre, aprovechando que estamos celebrando el cincuenta aniversario de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, y eso pone en primer plano a nuestro Padre como modelo sacerdotal, ¿querría que nos contase, para que podamos entenderlo —algunos compañeros míos están aquí también—, ¿qué añade a la vocación de un sacerdote diocesano, la vocación a la Obra a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz? (aplauso)

Hijo mío, añade nada menos que una vocación divina. Lo acabo de decir: es Dios el que llama, es Cristo el que pasa, como pasó por las orillas del Jordán o del lago de Genesaret, y que, fijando su mirada en aquellos pescadores, les decía: *tu, sequere me!*, tú vente conmigo. Y lo dejaban todo... *statim!*, se dice en el Evangelio: inmediatamente lo dejaban todo y le seguían. Es la llamada de Dios.

La vocación a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz se añade a la vocación que tenemos todos los sacerdotes. Y lleva consigo otras gracias con las que el Señor nos incita a que le sigamos muy de cerca. No olvidéis, hijos míos, lo que tantas veces repetía nuestro Padre: que en la Iglesia hay muchos sacerdotes santos, de los que todos tenemos que aprender. Y el primero que aprendía era nuestro Fundador.

La soledad del sacerdote, hijos míos, es a veces tremenda, y a nuestro



"la sonrisa, la alegría, la esperanza, el optimismo... son la consecuencia de la vida santa de nuestro Padre"

Padre le pesaba como una losa grande, enorme. Buscaba llevar la alegría de la vocación a otros hermanos suyos sacerdotes para que tuviesen más facilidades para cumplir su misión sacerdotal. Por eso, hacia el año 1949 ó 1950, cuando ya estaba encarrilada la Obra, pensó realizar una nueva fundación para ayudar a los sacerdotes diocesanos. En esas circunstancias, vino providencialmente un parón en la aprobación definitiva del Opus Dei. Ese parón dio oportunidad a nuestro Padre para reflexionar: ¿qué es lo que llevo a la Santa Sede para la aprobación definitiva? El Opus Dei. ¿Y qué es el Opus Dei? Es gente que busca la santidad santificando su trabajo ordinario y normal. ¿Y qué es lo que yo quiero llevar a mis hermanos sacerdotes? Pues que se santifiquen en el ejercicio del ministerio sacerdotal, que es como el trabajo normal del sacerdote. Lo que para los seglares es el

trabajo profesional, en el que pueden y deben buscar la perfección cristiana, eso es el ministerio pastoral para los sacerdotes: un *trabajo profesional* que es santo en sí mismo, y que lleva a la santidad al que lo ejercita, si lo ejercita bien.

Los sacerdotes tienen la fortuna o la desgracia de que no se van nunca solos ni al Cielo ni al infierno. Se van bien acompañados. Si un sacerdote es piadoso arrastra a la gente; si se abandona —son todos buenos, pero algunos se abandonan un poco— puede ser motivo de escándalo para muchos fieles, y entonces puede ir bien acompañado al infierno, y eso es lo que quería evitar nuestro Padre. Quería que viviesen todos muy llenos del Espíritu Santo, muy llenos de alegría, muy llenos de celo por las almas. Para eso viene muy bien la ayuda mutua. Y esa ayuda fraternal que se vive en el



Opus Dei, se practica también entre los sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que son también miembros del Opus Dei.

De este modo, el Padre vio que no necesitaba hacer el sacrificio que estaba decidido a hacer. Como pensaba que el Opus Dei ya podía marchar solo, pensó dedicarse a ayudar a los sacerdotes, haciendo una fundación para ellos, sin importarle que comenzasen a humillarle de nuevo, a calumniarle... Hizo el sacrificio de ofrecer al Señor el Opus Dei, y el Señor le mostró que no tenía que prescindir de nada, pues la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz cabía dentro del Opus Dei. Así lo aprobó la Santa Sede.

Me parece que con esto he dicho a esos compañeros nuestros que están por aquí que, en primer lugar, ellos tienen una vocación divina muy grande, muy clara: Dios les llama para que sean santos.

La contestación ha sido larga y anecdótica, como le gustaba responder al Beato Josemaría. De nuevo la figura imborrable del Fundador se hace presente en la mente de todos gracias al recuerdo constante de su labor y su persona que hace D. Álvaro. El tiempo ha pasado rápidamente...

Me dicen que llevamos casi una hora...

La gente responde que no.

Sí, don Tomás no es un mentiroso; me lo ha dicho él.

Padre, usted ha dicho ahora mismo que está muy contento de estar con nosotros...

Sí.

...pues yo le digo que nosotros también lo estamos. Estamos muy agradecidos de que haya venido a vernos...

Pues, entonces, estamos todos contentos (risas).

De un club juvenil

María Rosa quiere preguntar algo concreto que le sirva a ella y a sus compañeras en la labor que realizan a través de un club juvenil, pero su pregunta tiene valor universal...

Soy su hija pedigüeña María Rosa, de un Centro que está en Aluche, en la zona Sur de Madrid. En mis cartas siempre le pido que encomiende un club juvenil que llevamos un grupo de madres. Ahora, de palabra, también se lo pido. En nombre de tantas otras que están también empeñadas en esta labor, le quería preguntar ¿cómo colaborar mejor en la labor de formación con la gente joven, y llegar a más? Me hace ilusión que de este



Club salgan niñas cristianas, muy bien formadas, que sean apostólicas, den buen ejemplo en su ambiente y puedan ir también a tantos países que nos esperan.

Hija mía, estos deseos tuyos son santos; Dios los oirá. Yo los bendigo con las dos manos. Es difícil bendecir con las dos manos. El Señor te escuchará, pero tú sigue luchando. Dices que eres la hija pedigüeña... Pedigüeños en el Opus Dei somos todos, porque pedimos constantemente la limosna de la oración, y pedimos al Señor que nos ayude más. Que nos ayude Él a ser santos, y que también los demás miembros de la Obra nos ayuden en la tarea de la santificación personal. Para eso, hay que vivir bien la corrección fraterna entre vosotros. Tenéis que ayudaros en la vida espiritual. Cuando haya algo que quitar, hay que quitarlo; pero vivid entre vosotros la caridad, que es cariño. ¡Que os queráis de verdad! ¡Que no hagáis la tontería de enfadaros con otra o con otro porque ha dicho esto o ha dicho lo otro! ¡Si nadie tiene ganas de molestar a los demás! Sois





vosotras o vosotros los que os quedáis heridos sin motivo.

Hija mía, vamos a tener más presencia de Dios, vamos a poner a Dios más en nuestro trabajo. Y así iremos adelante, de tal manera que el Señor quede contento. Pero es muy importante que esta caridad fraterna que hay entre vosotros os lleve a vivir la corrección fraterna: ¡que os ayudéis unas a otras, unos a otros! Si hay algo que quitar de la vida de alguno, se pide permiso al Director para no cometer quizá una imprudencia y se hace la corrección fraterna. Practicad esa costumbre con cariño y con humildad, sabiendo que los defectos que vamos a corregir en otras personas también los tenemos nosotros.

¡Llevad mucha gente a la Confesión!

El Padre aprovecha la pregunta de María Rosa para hablar del Sacramento de la Penitencia. Y lo hace con ardor, con sentido apostólico. Su tono de voz se eleva ahora con deseos de transmitir todo el

sentido sobrenatural del perdón de Dios. Nos pide apostolado de la confesión, nos lo pide como un propósito definitivo de esta tertulia inolvidable.

Después, hijos míos, aparte de la corrección fraterna, la Confesión. Haced mucho apostolado de la Confesión, que es uno de los siete sacramentos que nos ha dejado el Señor. Nuestro Padre hablaba de las huellas de Cristo en la tierra, al hablar de los sacramentos. El Señor ha pasado y ha dejado las pruebas de su Amor. En el sacramento de la Penitencia, es Dios quien perdona. Solía comentar nuestro Fundador que, al pensar en la grandeza de Dios Todopoderoso, se quedaba asombrado: ¡qué maravilla! Pensaba en Dios Redentor y se llenaba de alegría también: Jesús que muere en la Cruz para salvarnos a nosotros. Pensaba en el Espíritu Santo, el Santificador de las almas, el Gran Desconocido, al que trataba mucho, y nuestro Padre decía: Tú nos das de tu riqueza, Tú eres el que nos santificas, el que nos llevas adelante. ¡Qué maravilla divina! Pues al meditar en este

sacramento del perdón, donde Dios Nuestro Señor borra nuestros pecados, exclamaba: ¡esto sí que es una maravilla grande, es una señal bien clara de que Dios es Padre, porque es propio de los padres el perdonar! Quizá, a veces —añadía—, los padres refunfuñan un poco cuando los hijos no se portan bien, y se enfadan; pero tienen el corazón blando, quizá incluso más que las madres, y perdonan enseguida, en cuanto el hijo pide perdón.

Pues el Señor nos espera en el sacramento de la Confesión. Además, para que estuviésemos seguros de su perdón, ha querido instituir este sacramento del modo que lo practica la Iglesia. Ha querido que un sacerdote, instrumento visible suyo, levante la mano y nos diga: «Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». El que perdona no es el sacerdote, sino el mismo Dios, porque las ofensas —y el pecado es una ofensa a Dios— sólo puede remitirlas la persona ofendida. Por eso, sólo Dios puede perdonar los pecados. En su bondad, ha querido que haya un signo externo: alguien que, en su nombre, pronuncie esas palabras y absuelva verdaderamente los pecados. Así, después de haberse confesado bien, el penitente se queda contento, tan contento que parece que le salen alas para volar; se llena de alegría, hasta el punto de que parece un hombre nuevo.

Hijos míos: ¡apostolado de la Confesión! ¡Llevad mucha gente a confesar! ¡A vuestras amigas, a vuestros amigos, a vuestros parientes, a vuestros vecinos! ¡Gente a confesar, a confesar! ¡A marear a los sacerdotes! Al mismo tiempo, hay que enseñar que se vayan a confesar con la preparación debida, y con el propósito de la enmienda hecho, para que el sacerdote pueda llegar a más personas.

Si de esta tertulia sacamos el propósito de confesarnos mejor y de llevar mucha gente a la Confesión, para que se «lavoteen» bien las almas de nuestros amigos, de nuestros vecinos..., hemos hecho una cosa muy buena. Os pido por el amor de Dios que llevéis esto a vuestra oración; que

pidáis al Señor, y a la Santísima Virgen, nuestra Madre, que os ayuden a valorar mucho este sacramento: que os preparéis bien para recibirlo, acudiendo contritos después de haber hecho un buen examen, y que sepáis llevar a otras personas a que tengan este encuentro con Dios, que llena de gozo al alma. La Penitencia es el sacramento de la alegría, porque en él Dios nos perdona. Se reproduce la parábola del hijo pródigo, que vuelve a los brazos de su padre, quizá después de haberse alejado durante mucho tiempo. Esto es el sacramento de la Confesión.

Su última bendición en Retamar

Hijos míos, os voy a dejar ya porque llevamos más de una hora de tertulia. Me lo están diciendo: que ya han transcurrido una hora y cinco minutos...

Le queremos muchísimo, Padre.

¿Y yo a vosotros no os quiero nada?

Os pido, por amor de Dios, que recéis mucho por el Papa. Por cierto, he visto que aquí, en España, la gente piensa que el Santo Padre está enfermo y cosas así... Como lo han dicho los periódicos... Pero no sólo es en

España, sino en varias naciones: hacen correr la voz de que Juan Pablo II está muy enfermo y de que tenemos Papa para poco, y no es verdad. Habrá Papa para el tiempo que Dios quiera, pero está estupendamente bien, y con mucho sentido del humor.

Gracias a Dios, está muy bien; pero tienen ganas de presentar al Santo Padre como una persona ya gastada, desgastada, incapaz. Y, gracias a Dios, no es verdad.

Como pedía siempre nuestro Padre, rezad por los Obispos, también por mí, y por todos los sacerdotes del mundo. ¿Por qué? ¿Porque los sacerdotes tienen que ser más santos que los demás fieles? No; porque si los sacerdotes no son santos, hacen daño. Por eso os pido que recéis mucho por ellos. Son buenos en todas partes; pero hay algunos que, en esta crisis que ha permitido Dios, están un poco manchados, un poco afectados. Vamos a rezar por ellos, y a quererles con toda nuestra alma, aunque alguno os pueda caer poco simpático.

Ahora os doy la bendición. Que el Señor esté en vuestros corazones, para que le améis más, porque es digno de todo nuestro amor; que esté en vuestras palabras, para que hagáis apostolado, para que os tratéis con caridad unos a

otros; que esté en vuestras obras, en vuestro trabajo profesional bien hecho, para poder ofrecérselo al Señor. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. ¡Que Dios os bendiga!

El estrado se ha quedado vacío. El Padre, tras despedirse de las personas que le han acompañado durante su estancia en el recinto del Colegio, ha partido en coche camino de ese Madrid tan querido. La multitud se desplaza con suavidad hacia las salidas. Algunas madres obligan a sus hijos más pequeños a abrigarse. Se ha levantado un airecillo que no tiene nada que ver con la deliciosa temperatura que hemos disfrutado durante la tertulia. Se forman corrillos con afán de comentar. Hay alegría, y lo que es más importante, ganas de transmitirla. Todos tienen anécdotas para contar al llegar a casa, para guardar en el corazón.

Unos meses más tarde, en un atardecer del comienzo de la primavera, dos alumnos mayores contemplan el vacío campo de deportes sentados en la grada.

¿Te acuerdas?, allí estaba el estrado. ¿Tú crees que vino a despedirse?

No, yo creo que vino para estar con nosotros y nos ha dejado la mejor de las despedidas.



"Que el Señor esté en vuestros corazones para que améis más a Dios..."

AL TERMINAR LA TERTULIA



Hay alegría, y lo que es más importante, ganas de transmitirla



Al bajar del estrado el Padre se despide de algunas personas



El Director del Colegio y el Presidente del APA ofrecieron un regalo al Padre



La gente se desplaza con suavidad hacia las salidas

